

NOVELA DE AMOR

EN LA HISTORIA DEL SOCIALISMO ALEMÁN



OR su nombre de soltera, llamábase Elena de Doenniges; hoy es la señora de Schewitsch, después de que, por algunos meses, llevase el apellido de Racowitza, y de haber estado á punto de llevar el del célebre agitador Lassalle. Elena, nombre fatal á los troyanos, no lo fué menos al fundador del partido obrero alemán. Por haber encontrado en su camino la hechicera hermosura de Elena de Doenniges, Fernando Lassalle murió en un duelo de pistola en el mes de Agosto de 1864. Trágica historia fué ésta, y para narrarla, empléose mucha tinta. Por segunda vez acaba de relatarla la heroína, Elena de Doenniges. Sus "Recuerdos", publicados en estos últimos días, son en estos momentos un libro que oculta la atención de toda Alemania.

Desde su infancia, Elena de Doenniges prometía mucho. Ella misma cuenta que á la edad de seis años, cuando sus compañeras sólo pensaban en sus muñecas, ya ella urdía amorosos enredos con los hermanos primogénitos de sus amiguitas. Quizás á causa de este temperamento expansivo y prematuro, la madre de Elena la prometiera en matrimonio, cuando apenas cumplía doce años, á un oficial sordo. Los Doenniges no eran ricos. Después de haber sido profesor en Berlín, el señor Doenniges fué llamado á Munich por su discípulo, el rey Maximiliano II, en calidad de consejero. Creíase, generalmente, que el señor Doenniges gozaba en la corte de grande influencia; pero, aunque ostentosa, esa situación era poco lucrativa. Doenniges tenía una mujer muy dispendiosa, muchos hijos y el escrúpulo de conservar su rango en Munich. En tales condiciones, la señora Doenniges sentía prisa en casar á sus hijos. Sin embargo, al ofrecer á Elena á la edad de doce años, la señora, sin duda alguna, procedía con una excesiva precipitación. Su propia hija se lo tuvo á mal. Por otra parte, la señora de Schewitsch hace recaer en sus padres la culpa de sus extravíos. Da muestras de preocuparse mucho, en sus "Recuerdos", por justificarse contra los ataques de que fué víctima. Sus amados padres reportaban el gasto de estas tentativas, más ó menos acertadas, de apasionada rehabilitación. "El medio en que me crié, escribe la señora de Schewitsch, era ideal en todo lo que se refiere á la inteligencia, sentimiento estético, comprensión artística, cultura mundial; pero dicho medio era infinitamente inadecuado para desarrollar lo que se llama el sentido moral".

Tal vez Elena Doenniges habría acabado por casarse con su oficial, á no haber intervenido la abuela de la niña, que, enternecida por las lágrimas de ésta, se opuso energicamente al proyecto de matrimonio. Diéronse sus dimisorias al cuadragenario italiano, y el corazón de Elena sintióse libre, aunque no por mucho tiempo. Un joven ruso, Pablo de Krusenstein, ocupó el puesto por entero. Esta fué la primera gran pasión de Elena. Sin que la malicia interponga sus torcidos juicios, si puede decirse que esta es la primera ocasión en que ella comunica al mundo sus amores primaverales. Al día siguiente de la muerte del político ruso, con quien su nombre está perdurablemente ligado, ella publicó un opúsculo, intitulado: "Mis relaciones con Fernando Lassalle". En este libro, que tenía que ser una confesión completa y sincera, el nombre de Pablo de Krusenstein ni siquiera una vez es mencionado. Es difícil atribuir este silencio á su olvido, tanto más, cuanto que los dos jóvenes, según todas las apariencias, habían llevado las cosas á extremos muy delicados. En un capítulo que concluye con puntos sus-

pensivos, tan frecuentes en las modas contemporáneas, la señora de Schewitsch exclama: "Siempre he conservado hacia Pablo de Krusenstein un recuerdo tierno y ardoroso. Muy á menudo lo he defendido contra algunas de mis amigas que apodaban á mi gran loco genial de Pablo su "indolente seductor". No, mil veces no, no era eso. Jamás me he arrepentido de aquella hora de abandono candoroso y poético, entre el aroma de las flores y el canto de los risueños, al ligero murmurio del mar plateado por los destellos de la luna. ¡Noche de Estío, sosegada y azul! Jamás esa luna, vieja en tantísimos siglos, contempló algo que fuese más hermoso y más ardiente. ¡Bendita, una y mil veces, esa florida noche!" Por esta muestra se ve que la señora de Schewitsch posee sus letras menudas. Y el fragmento transcrito no carece de elocuencia. De todas suertes, permitido es preguntarse si Fernando Lassalle y Yanko de Racowitzi habrían llegado hasta batirse en duelo por Elena de Doenniges, si hubiesen conocido en todos sus pormenores el idilio de Niza, que ella narró muchos años más tarde. Por otra parte, el tal idilio no tuvo otras consecuencias. Pablo de Krusenstein no era un partido serio. Los señores de Doenniges se pusieron de acuerdo para echarle de la casa. El trató de consolarse, tomando parte en una expedición polar. Pero naufragó y estuvo á punto de perecer entre los témpanos. Volvió enfermo á Rusia, y á poco murió de una afección al pecho.



En 1862, Elena de Doenniges conoció al gran jefe revolucionario alemán. "Es usted la única mujer que yo pueda representarme como la compañera de Lassalle", habíale dicho un día un amigo de su padre. Volviendo y revolviendo esta frases, Elena, como era natural, dióse prisa en preguntar á cuantos la rodeaban quién era Fernando Lassalle. Su abuelo levantó los brazos al cielo: "Ese es un horrible asesino, le había dicho; pretende que los ricos compartan su dinero con los pobres". Esta sumaria explicación de lo que en aquella época representaba el ilustre agitador, no bastó á que ella se convenciera de su ignominia. Así es que ya sólo se preocupó en buscar la oportunidad de conocerlo. Entre tanto, emprendió la lectura de sus obras en compañía de un joven diplomático rumano, Yanko de Racowitzi, personaje muy insignificante, pero enamoradoísimo pretendiente, partido muy conveniente y que merecía la aceptación de toda la familia Doenniges. Elena que, no porque á veces sólo escuchase la voz de su corazón, dejaba de dar oídas á la de la razón, evitaba, discretamente, no desanimar á Yanko de Racowitzi. Estaba resuelta á conocer á Lassalle, porque era tan hermoso como ella; pero en lo absoluto ignoraba cómo se desarrollaría y desenlazaría aquella anhelante aventura. Por lo tanto, no era prudente cortar el hilo que retenía á Yanko de Racowitzi, que era el novio eventual. Más vale, dice el proverbio, pájaro en mano que cien volando.

Elena de Doenniges y Fernando Lassalle fueron mutuamente presentados en Berlín, en el salón de un amigo de los dos. Volvieron á encontrarse en Suiza en el estío de 1864, ó mejor dicho, Elena puso todos los medios para verse cara á cara en Righi con el hombre en quien fundaba sus más risueñas esperanzas. Lassalle, en Berlín, sintióse inmediatamente subyugado por la rubia belleza, la gracia, la osadía, la viva inteligencia de Elena de Doenniges. Sin em-

bargo, un casamiento ofrecería dificultades casi insuperables. Lassalle era socialista de opinión é israelista de raza. Los Doenniges jamás consentirían en darle á su hija. Por otra parte, Lassalle, desde un principio, no se hizo ilusiones. Tranquilamente propuso á Elena raptarla. Elena rehusó, aunque débilmente y sin indignación. Era evidente que cedería al cabo de algún tiempo. Y, de hecho, ella fué la que volvió á lanzar á Lassalle á su retiro de Righi Kalthad. Esta entrevista reanimó el amor adormecido de Lassalle. Desde entonces la suerte quedó echada. De vuelta á Ginebra, en donde sus padres residían, Elena les dijo: "Por más que ustedes hagan, yo me he de casar con Lassalle". "¡Antes te mataré!" le replicó su padre.

Nos faltaría espacio para describir en todas sus peripecias la lucha que á esto se siguió. Es trágica y de sumo interés en el relato de la señora Schewitsch. Evidentemente que fueron sinceros los dos héroes del drama. A pesar de sus yerros, tienen derecho á la simpatía que siempre excita una pasión verdadera. Por otra parte, Lassalle se portó en este asunto con una corrección inesperada, dados sus pésimos antecedentes. Elena fué á reunírsele al hotel en que se hospedaba, en Ginebra, poniéndose á su disposición. Lassa-

lle la tomó de la mano y fué á entregarla á sus padres. Había cambiado de parecer desde Berlín y quería obtener á Elena con el consentimiento de su familia. ¡Excesiva pretensión! Una corta entrevista con la madre de la que amaba bastó para disipar sus ilusiones. Fué por ella tratado con extremada insolencia. Por último, casi no hacía más que retirarse, cuando el señor Doenniges, padre, volvía á la casa, tomaba un filoso cuchillo y amenazaba matar á su hija si no escribía inmediatamente una carta de rompimiento á su indigno pretendiente. Elena tuvo la debilidad de obedecer y esta debilidad produjo la catástrofe. Lassalle dirigió cartas injuriosas á Yanko de Racowitzi y al señor Doenniges: Yanko contestó con una provocación. El duelo se efectuó el 28 de Agosto de 1862, á las puertas de Ginebra. Antes de ir al terreno, el "novio eventual" vino á despedirse de su "novia". "Estaba yo segura de que volvería á verlo", escribe la señora de Schewitsch con una franqueza que desconcierta. Sin embargo, el acontecimiento tuvo un giro diverso del que ella esperaba. Cuando Yanko de Racowitzi vino á anunciarle que había matado á su adversario: "¡Vete de aquí, le dijo, yo te detesto!"... Sin embargo, casábase con él dos meses más tarde... ¡En promesas de mujer!...

